

## ARCO IRIS

Una beca de la Caixa me llevó a hacer un estudio sobre la flora de la Gomera. No era el sueño de mi vida, había ya bastantes estudios sobre la isla y yo no pensaba que podría aportar mucho a lo ya hecho. Eso sí, sabía que era un paraíso para cualquier botánico y me venía bien, en esos momentos, huir de mi gris Bilbao. La Caixa tampoco me pedía mucho. Me comentaron que sólo querían editar un libro sobre las bondades naturales gomeras. Los ecologistas canarios se habían movilizado por unas inversiones en la zona tinerfeña de Los Cristianos. Querían hacer algo para lavarse la cara. Yo sólo era una especie de “parche embellecedor”.

Mis escrúpulos por aceptar la beca se acabaron con una nueva subida del Euribor y con una gran frase de mi aita: “*si no lo haces tú lo va a hacer otro*”. Siempre odié esa frase, aunque cínicamente reconozco que me he agarrado a ella un par de veces en mi vida.

Los primeros días en la isla los dediqué a pasear y tomar notas. Allí viven casi mil especies de plantas silvestres, aunque algunas por su agresividad supongan un problema para el resto. Decidí quedarme con el estudio de las casi trescientas especies endémicas de la zona. Aún así, supe desde el principio que iba a necesitar de alguien más. Así contacté con Nerea Asmakizuna, una vasca que también llegó huyendo. Aunque ella era de Hondarribia y su huída se transformó en permanente. O, como me dijo ella, “*hasta siempre mientras dure*”.

Con Nerea descubrí la flora de la zona, aunque también el mar de nubes gomero y la lluvia que generan los árboles interceptando las gotitas de niebla. Cuando se cargan de humedad gotean y empapan el suelo. “*Sabrás mucho de botánica*”, me decía, “*pero en la universidad os deberían enseñar también de vida. Acaso crees que las plantas nacen por casualidad?*”. La chica era algo sabiondilla pero no le faltaba razón. “*Tampoco estaría de más que en la vida enseñaran algo de botánica*”, pensé yo sin atreverme a decir.

La noche antes de mi partida celebramos juntos mi cumpleaños. El potaje de berros y las “papas arrugás” no dieron mucho romanticismo a la velada, aunque la miel de palma animó bastante la conversación y empujaron las promesas fuera de nuestros labios. “*Volveré todos los años*” dije con mi enorme boca. “*Te visitaré por fiestas de Bilbo*”, dijo ella con su bella sonrisa. “*El primer lunes a medianoche en la txosna de Mekagiülen!!!*” nos dijimos al cerrar la noche. Ambos sabíamos que eran promesas de una noche, de esas que nacen para reconocer que fue bonito encontrarnos pero que necesitan de tierra, luz y agua para que salgan adelante.

La mañana de mi partida vimos un precioso arco iris. ella me dijo: “*Estás de suerte! puedes pedir un deseo que seguro se te concederá*”. Yo pedí celebrar cada cumpleaños frente a alguna de estas plantas. “*Bueno, ahora sólo cabe esperar hasta el año que viene*”, respondió. “*Intentarlo será mi regalo*”

Jamás he vuelto a la Gomera pero, cada 23 de julio, llegan a mí cachitos de esas plantas que me dediqué a estudiar: un patagallo, un alamillo, una morgallana.... Y, con ellas, relatos breves a modo de felicitación... y vida.